



CAPITULO LI.

Se desata la tempestad.

ERASE el 2 de Mayo de 1862. El día había sido caluroso, pero en cambio la noche estaba serena, el cielo limpio y estrellado y una ligera brisa refrescaba la temperatura.

En la ciudad de Puebla se notaba algún movimiento tanto en la plaza como en las calles principales, con motivo de la reunión de tropas que se estaba allí verificando, de haber salido el general O'Horan con mil quinientos caballos á batir á Márquez y evitar su incorporación con los franceses, de haber llegado en esa tarde la División que mandaba el general Arteaga con éste al frente de ella en camilla, por haber sido herido en el descalabro que sufrió en las Cumbres de Acultzingo, y finalmente, por las muchas noticias que circulaban en el público, algunas de las que alarmaban y producían el pánico.

En una fonda céntrica estaban ocupando un gabinete varios oficiales, entre los que se encontraban Velázquez, Otero y Tapia.

El primero acababa de ver su reloj y de decir á sus compañeros:

—Son las siete y cuarto, él dijo que vendría á las siete de modo que no debe tardar.

—Si es que no lo ha llamado el general.

—De todas maneras, como ofreció venir y sabe cumplir su palabra, él hará lo posible para estar con nosotros.

—¡Presente! exclamó Julio Robles jovialmente al entrar, repartiendo luego abrazos y apretones de mano.

Este capitán, por uno de tantos cambios que se habían verificado en el Ejército, dejó su Batallón temporalmente llamado por el general Arteaga que estaba prendado de su inteligencia y expedición, para que le sirviera de ayudante.

El «Fijo de México» había vuelto entre tanto de Estado de Veracruz para reforzar la guarnición de Puebla, en donde se temía que intentaran un golpe de mano los reaccionarios, no obstante que estaban ya reducidos á simples guerrillas mandadas por Márquez, Mejía, Vicario, Galvez y Cobos, que sólo se ocupaban en andar huyendo por los montes.

—Primero que todo, dijo Luis Velázquez, pide cuanto apetezcas, nosotros pagamos, porque debes traer hambre rezagada.

—No, contestó el capitán Robles alegremente, todavía no llega el tiempo de las malpasadas; pero sí traigo buen apetito.

Entonces Otero tomó á su cargo el pedir una cena pa-

ra todos, eran nueve, y Velázquez, que no cabía en sí de gusto al ver otra vez á su amigo, sin dejar de cotemplarlo, le dijo:

—He ofrecido á estos compañeros que tú nos contarías todo lo que ha pasado, porque eres buen narrador, y aquí nos tienes dispuestos á escucharte entre trago y trago y entre bocado y bocado.

—Gracias por el buen concepto; pero ustedes ya deben estar al tanto de todo lo ocurrido.

—Aunque sin sus pelos y sus lanas.

—Pues allá va el relato desde el momento en que estuvieron á punto de romperse las cabezas los comisionados de las tres naciones.

—¡Cómo!

—Aquello acabó como el rosario de Amozoc, y por poco el general Prim coge del cogote al borracho de Saligny y le pega de bastonazos por puro cochino.

—Prosigue.

—Yo pude oír unas cosas, en buenas fuentes, y presenciar otras, porque fui mandando la escolta de los comisionados y estuve codeándome con los jefes franceses y españoles, así que es pura verdad lo que les refiero. Se supo que el mismo día 9 del pasado, en que dió el traquidazo la conferencia de los diplomáticos, el Almirante Jurien y Saligny para preparar el terreno dirigieron una nota á nuestro ministro de relaciones diciéndole que el general Almonte era un enviado de Napoleón III para realizar la unión de los mexicanos, á fin de que establecieran un gobierno fuerte, y que estaba por lo mismo bajo la protección de la bandera francesa; que cada día se acentuaban más las violencias que se ejercían en los súbditos franceses; que últimamente dos soldados habían sido asesinados

cerca de Orizaba, y que por lo mismo consideraban rotos los Preliminares de la Soledad, y todavía queriendo cumplirlos ellos, por su parte, iban á hacer que sus tropas se volvieran á sus atiguas posiciones para comenzar las hostilidades, sin aprovechar la ventaja de encontrarse ya de este lado de las posiciones fortificadas.

—Parece que los tales comisarios son unos bandoleros, dijo Tapia.

—Ahora lo verán, continuó Robles. El ministro mexicano contestó que ni el gobierno ni la Nación tenían conocimiento de que Almonte, que no es más que un traidor, trajera encargo pacífico alguno, y que los únicos que se conocían, porque eran notorios, eran sus trabajos para traer una intervención extranjera armada con el fin de dar vida al partido clerical, vencido por las armas y por la voluntad general, y que extrañaba que los comisarios franceses se mezclaran en la política interior del país, cuando por los tratados y por sus proclamas se habían comprometido á aceptar la soberanía mexicana. Que por lo demás, era una invención grosera lo de las violencias ejercidas en los extranjeros, puesto que ni una sola queja se había motivado. Tras esa nota enérgica del gobierno, don Benito Juárez expidió la proclama que ustedes conocen, porque se leyó á todos los cuerpos, la cual está fechada el 12 de Abril.

—Yo la traigo siempre conmigo, exclamó Tapia, y si ustedes me lo permiten, voy á leerles la parte final, que es la que me encanta y la que es preciso que nunca se nos olvide.

—Leela, leela, dijeron todos.

Y entonces Tapia, con buena entonación, mientras los demás seguían comiendo, pero sin hacer ruido, leyó el

final de la proclama que en aquellas terribles circunstancias expidió Juárez, y que dice así:

« el gobierno de la República cumplirá el deber de defender la independencia, de rechazar la agresión extranjera y aceptar la lucha á que es provocado, contando con el esfuerzo unánime de los mexicanos, y con que *tarde ó temprano triunfe la causa del buen derecho* y de la justicia.

« Mexicanos: el Supremo Magistrado de la Nación, libremente elegido por vuestros sufragios, os invita á secundar sus esfuerzos en la defensa de la independencia; cuenta para ello con todos vuestros recursos, con toda vuestra sangre, y está seguro de que, siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consolidar la obra de nuestros padres.

« Espero que preferireis todo género de infortunios y desastres, al vilipendio y al oprobio de perder la independencia, ó de permitir que extraños vengán á arrebataros vuestras instituciones y á intervenir en nuestro régimen interior.

« Tengamos fé en la justicia de nuestra causa: tengamos fé en nuestros propios esfuerzos, y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo á nuestra patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones. »

Una lluvia de aplausos contestó á la lectura de estos párrafos.

El capitán Robles continuó luego con la palabra:

— De la misma manera aplaudimos los que estábamos allí cerca de los invasores la honrosa proclama de Juárez.

rez. De la misma manera se aplaudió una proclama del general Zaragoza, que se publicó dos días después, que termina con las siguientes palabras que se consideran como un pronóstico:

« Tengo una fe ciega en nuestro triunfo; en el de los ciudadanos sobre los esclavos: muy pronto se convencerá el usurpador del trono francés de que pasó ya la época de las conquistas: vamos á poner la primera piedra del grandioso edificio que librará á la Francia del vasallaje á que la han sujetado las bayonetas de un déspota. »

Los oficiales aplaudieron de nuevo y Robles continuó:

— Los comisarios franceses y Almonte dieron también sus manifiestos plagados de mentiras y de chocarrerías, que ustedes deben haber leído.

— Sí, contestó Velázquez, unos con indignación, otros con desprecio.

— Lo que veíamos allí muy claro, era que se buscaban toda clase de subterfugios, toda clase de chicanas, primero, para romper ó declarar sin efecto los tratados de la Soledad en que estaban estampadas sus firmas y comprometido el honor militar francés; segundo, para sostener la personalidad de quien es el encargado por Napoleón para dirigir la intriga monárquica, y tercero, para no volverse á Paso Ancho por temor á las enfermedades y á las fortificaciones del Chiquihuite. Entonces el general Zaragoza se dirigió oficialmente al Almirante Jurien de la Gravière manifestándole que conforme á los tratados de la Soledad, las tropas francesas debían retirarse á los puntos convenidos; pero como sus enfermos estaban en Orizaba, podían que-

darse allí bajo la salvaguardia del Ejército Mexicano: que no era necesaria, pues, la escolta de seiscientos hombres que estaban custodiando los hospitales.

—¡Ah! sí, sí, ya sabíamos algo de eso por acá, murmuró Tapia, y recuerdo que hasta nos estiramos las barbas de cólera cuando comprendimos hasta dónde llegaban las bribonadas de esos hombres.

—Bueno: el almirante Jurien sólo contestó para ganar tiempo, que ya el general Lorencez era el encargado de las operaciones militares, y urgido éste dijo á su vez que en cuanto á la guardia dejada en Orizaba afirmaba que no había ninguna, que todos los que había en los hospitales eran enfermos, aunque los más andaban ya por su pié y portaban sus armas porque ya estaban aliviados de sus enfermedades. Este general Lorencez, según se dijo allí entre los nuestros, hizo varias burlas indignas de su carácter. Primero llamó carta á la nota oficial que le dirigió el general Zaragoza. Segundo, consintió que se dijera que con él era con quien debía entenderse nuestro general, cuando el almirante era el jefe de más categoría y el que había estado figurando como principal en las negociaciones. Y tercero *negó* desvergozadamente que hubiera un cuerpo de tropas en los hospitales, cuando todos nosotros estábamos viéndolos con nuestros propios ojos y cuando se sabía de pública voz y fama que estaban allí para apoyar un pronunciamiento que dizque iba á hacer Almonte con los partidarios de la monarquía para cogernos entre dos fuegos y acabar allí con la defensa nacional.

—Pero ¡qué canallas son todos esos franchutes! exclamó frenético uno de aquellos oficiales.

—Es sabido ya, que tanto Napoleón como la Montijo su mujer, dijo otro, están rodeados de puros pícaros.

—Así lo dijo Victor Hugo en su «Napoleón el Pequeño.»

—Y así lo afirman todos los franceses que tienen dignidad, como Favre, agregó Velázquez. Pero dejen á Robles que prosiga.

—Pues prosigo, porque voy á llegar á lo más interesante. El general Lorencez, urgido por Almonte que debía hacer su pronunciamiento, y de acuerdo con los comisarios que formaban una misma trinidad, les puso una comunicación que tuvo el cuidado de publicar para que se conociera en Europa y para que fuera disculpada su alevosía, diciéndoles que aunque había muchos motivos para considerar rotos los preliminares de la Soledad, tales como haber sido muertos tres soldados franceses cerca de su campamento, como haber muchas guerrillas que rodeaban á Veracruz en preparativos de guerra, como eran los decretos de Juárez contra los traidores y poniendo á los invasores fuera de las leyes de la civilización declarándolos piratas, el principal motivo que tenía para no retroceder y antes bien para ir sobre Orizaba, era que en esa ciudad estaban trescientos enfermos en poder de un ejército indisciplinado y mandado por jefes poco escrupulosos que no vacilarían en retenerlos como rehenes y en hacerlos sufrir una suerte peor si no volaba á socorrerlos, y que había tomado por lo mismo semejante resolución el mismo día 19 en que les daba el aviso para que también se pusieran en salvo uniéndose á sus tropas. . . .

—¿Y no dió el mismo aviso al general Zaragoza? preguntó el teniente Torres.

—No, porque precisamente había concebido la doble perfidia no sólo de faltar á lo estipulado, sino de sorprender y derrotar á nuestras tropas que, como sus jefes, es-